

Ciudad y fauna al inicio de la crisis vírica

Durante las primeras semanas de marzo de 2020, cuando la pandemia de la Covid-19 aún comenzaba, circularon en redes sociales y medios de comunicación diversos vídeos que mostraban animales salvajes o de la periferia urbana circulando libremente por las ciudades «vacías». Los avistamientos fueron múltiples: osos, jabalíes, cisnes, pumas, corzos, pavos reales, monos, ciervos, delfines... Algunos se paseaban por mares y calles con mucha tranquilidad y desplante; otros, en cambio, actuaban con miedo y cautela, atentos al movimiento y a las potenciales apariciones humanas. Las imágenes se viralizaron rápidamente: desde distintas latitudes, los usuarios de redes sociales especulaban acerca de «cómo la naturaleza recuperaba lo suyo», que el ser humano era una «plaga para el planeta» (Martínez, 2020), del alivio de los animales porque los humanos les «daban una tregua» o incluso, más

lapidariamente, acerca de que, en realidad, «no somos nadie» como especie. ¿Qué podían estar cuestionando estos animales, comportándose «como animales» en nuestros espacios supuestamente civilizados? Si bien una gran parte de estos vídeos fueron desmentidos posteriormente, tanto las imágenes como aquellos comentarios que dibujaban una falsa idea de recuperación de la naturaleza suscitaron una reflexión acerca de cómo el proceder animal se ha vuelto cada vez más ausente y ajeno para los habitantes de las urbes, especialmente si la fauna circula de manera libre, no domesticada y salvaje, orgánicamente, como durante aquellas primeras semanas de pandemia.

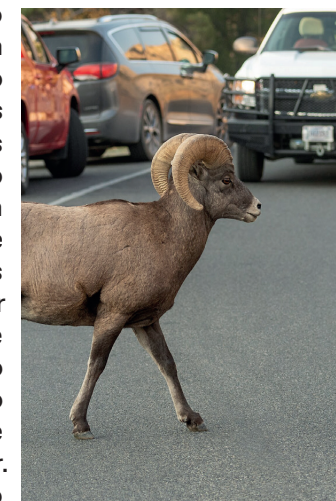
El movimiento animal no amansado resultaba de tal extrañeza que provocó una fascinación sin precedentes: los vídeos se compartieron un sin fin de veces, se



comparaban casos de avistamientos entre países, se identificaban las especies, los territorios, y, en muchos casos, se inventó y manipuló la información. Las imágenes falsas y los bulos alimentaban los testimonios ficticios y poco importó que fuesen desmentidos al lado de la relevancia que adquirió el consumo visual del fenómeno como signo de lo que parecía un escenario distópico; un entorno «descontrolado» que había tomado vida propia mientras nosotros, castigados e inmovilizados por el virus, perplejos en la incertidumbre, veíamos pasar la vida desde la ventana. Las imágenes de la fauna, libre y feroz, merodeando y buscando comida por nuestros barrios, alrededor de nuestras casas, le hacían un guiño a series como *L'Effondrement* o *Black Mirror*. Es tal la producción y consumo de imágenes filmicas que devoramos a diario

que nuestros imaginarios parecen espejarlas cuando nos enfrentamos con un acontecimiento que no cabe en los parámetros «normales» de cómo está configurado nuestro espacio habitable. Por lo mismo, que parte de los vídeos fuesen evidenciados como documentos ficticios no era relevante, pues la narrativa que estaba circulando en redes y medios acerca de la aparente recuperación de la naturaleza y de los lugares que los humanos le habíamos arrebatado históricamente a los animales proporcionaba el esquema suficiente para comprender la pandemia que se iniciaba con una amenaza invisible procedente de un afuera catastrófico, de un peligro desconocido, súbito e incontrolable, y que al mismo tiempo, configuraba un espacio donde la fauna salvaje –y las máquinas, indiferentes al virus– podrían sobrevivir.

Ahora bien, que los animales fuesen advertidos como



seres ajenos, extraños o extranjeros guarda relación con la lógica de dominio especista que opera, especialmente en las ciudades, mediante una instrumentalización que limita a los animales al servicio y la diversión de los humanos, confinándolos a zoológicos, tiendas de mascotas, circos, espectáculos de ocio, esterilización y otras técnicas veterinarias, laboratorios, carnicerías, y un largo etcétera.¹ Las niñas y los niños de las ciudades, atrofiados por la falta de naturaleza de los espacios urbanos, desarrollan imaginarios distorsionados de lo que significa la vida animal dentro de las economías y culturas humanas. Por ejemplo, no comprenden que su amigo pollo, aquel que protagoniza su cuento, es el mismo que se lleva a la boca hecho puré un rato más tarde. O cuando juegan con sus animales de plástico, suelen construir cercas y celdas para

que cada animal disciplinadamente se mantenga en su reducido espacio; además, muchos añoran tener un perro que acompañe sus reiteradas soledades, como si fuesen herramientas para apaciguar su día a día.²

La toma de ciudades vaciadas por parte de animales no domesticados es un fenómeno que ha sucedido en otros escenarios de crisis socio-naturales. En la prefectura de Fukushima, por ejemplo, posterior al tsunami de 2011 en Japón, los pueblos apestados por las emisiones radiactivas derivadas de la destrucción de las centrales nucleares tuvieron que ser desalojados. Fukushima se volvió fantasma, las personas desaparecieron, pero los animales domésticos y salvajes de los alrededores siguieron ahí, deambulando, buscando alimentarse y conviviendo con la contaminación invisible. Diez años después, a pesar de que el aire radiactivo

1. Plumwood, Val. *Feminism and the Mastery of Nature*. Routledge: Londres, 2003.

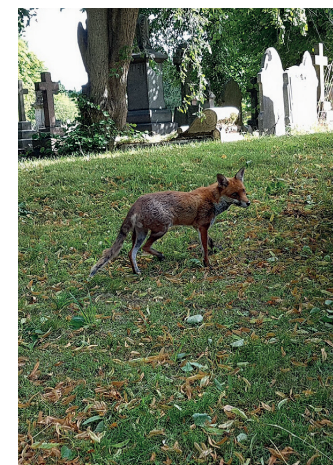
2. Tafalla, Marta. *Ecoanimal. Una estética plurisensorial, ecologista y animalista*. Plaza y Valdés: Madrid, 2019.

3. Schenkman, Lauren. *After a nuclear disaster, then what? A surprising look at the animals of Chernobyl and Fukushima*, en TED, 13 febrero, 2020.



no se ha extinguido, la fauna silvestre sigue viviendo en algunas zonas evacuadas y su crecimiento se ha duplicado.³ Y lo mismo se podría decir de la «zona de exclusión» en el contexto de Chernobyl. En este caso de crisis vírica, que la fauna salvaje tuviese la voluntad de ingresar en las urbes cuando los grupos humanos hicieron su retirada estaba igualmente determinado por una tranquilidad nunca antes vista. Una buena parte de los animales entraron durante la noche, momento en que, bajo el confinamiento, la actividad humana cesaba por completo. Las capitales —en este caso, Madrid— parecían pueblos que habían recobrado de golpe el silencio y la quietud, por lo que la fauna imaginó nuestra desaparición, o quizá nuestro final.

Así, los avistamientos al inicio de la pandemia cristalizaron el encanto globalizado de observar cómo los



animales, con nada más que su libre actuar, desafiaban las normas estáticas y limitantes de las ciudades; una imagen que nos mantenía expectantes ante el derrumbe del sistema, anunciando —si bien de forma tenue y, ahora sabemos, frustrada— el desplome del esquema antropocéntrico civilizatorio.

Texto parte de la investigación postdoctoral de esta autora, *Un mundo sin nosotros: relatos y visualidades en tiempos virulentos* FONDECYT/ANID n°3210188.

